

Después de leer atentamente su libro y las entrevistas periodísticas que le hicieron, y después, sobre todo, de haber conversado con él durante más de tres horas, la impresión que me produce don Justo Martínez Amutio, el que fue primer gobernador socialista de Albacete durante la guerra civil española, es la de que él está convencido de que fue algo así como un "sheriff" justiciero y terrible, el único capaz de pacificar aquella indomable y sanguinaria "Albacete, ciudad sin ley" de finales de 1936.

Hay dos fuentes principales —y quizá únicas— para conocer el pensamiento y los recuerdos personales de Martínez Amutio en su etapa histórica como gobernador civil de Albacete. La primera y principal es su libro *Chantaje a un pueblo* (Madrid, G. del Toro, 1974), premiado con 600.000 pesetas en un concurso de "Memorias de la guerra civil española, 1936-39". La segunda es la entrevista publicada en siete capítulos en "La Voz de Albacete" (17 a 24 de marzo de 1974), realizada por el colaborador de este periódico Sebastián Moreno Tamayo. Las incongruencias e inexactitudes no faltan en el libro, pero, como es natural, abundan más en la entrevista. Voy a intentar clarificar algunas de ellas, contenidas en ambos textos, empezando por la manifiesta actitud del antiguo gobernador de Albacete de hacerte pasar por un hombre de hierro, que tenía a nuestra provincia en un puño, totalmente dominada y a sus órdenes.

ALGUNAS CURIOSAS DECLARACIONES DE MARTINEZ AMUTIO

Esta actitud se desprende claramente de algunas curiosas declaracio-

nes del antiguo gobernador al colaborador del periódico albacetense. He aquí algunas de las más sabrosas:

"La situación (de Albacete) era de verdadero caos. Aquello era un cantón soviético, un cantón de las Brigadas Internacionales. La vigilancia por la noche, incluso, la hacían las Brigadas. Por otro lado, la gente estaba indignada con el drama de septiembre. Era Albacete un desastre."

"Cuando me nombraron gobernador de Albacete me propuse llevar la tranquilidad y el orden al pueblo albaceteño, acabar con aquel caos y con aquel terror que había visto."

"A las tres de la tarde le daba los primeros puñetazos a un tío en el Gobierno y lo expulsaba violentamente de mi despacho. Figúrese qué debut tuve."

"Al día siguiente de llegar a Albacete, establecimos una especie de pacto con los 'Internacionales'. Es decir, lo que ellos debían hacer y lo que no debían hacer. Que la autoridad éramos el general de la División y yo, y nadie más."

"Tuve que meter en cintura a mucha gente para imponer mi autoridad."

"Una de mis primeras medidas en un informe al Gobierno, dije: 'Hay que descongestionar esto de 'internacionales'. Aquí una vez que los clasifiquen, deben salir inmediatamente a los pueblos. Su sola presencia perturbaba a la población.'"

"Los de las Brigadas Internacionales se dieron cuenta de que yo era duro de pelar y entonces regularon. Cuando empezó todo a definirse fue cuando los fusilamientos de Pozo Rubio. Cuando me enteré se armó la de